

Góngora, el antifrívolo

CARLOS RUIZ-TAGLE

Pensé que me llamarías. Pensé que cuando pasaras la lista en clase de Historia, dirías 'Ruiz-Tagle', y alguien, por mí, contestaría 'Ausente, señor'. Ausente. Porque tú, Mario Góngora, estás en un mundo, yo estoy en éste y ya no terminaremos nunca de ausentarnos.

Aquí viven tantas cosas tuyas además de tus libros. En recuerdo tuyo cantan los pájaros de Santiago. Se vinieron los pájaros del campo y se encaramaron en las ramas más altas, y a la ciudad le salieron plumas grises y le salió buche. En recuerdo tuyo el Campus Oriente se ha llenado de trinadores.

Mario Góngora, tú llegaste al colegio Saint George por 1947 o 1948. Y a nosotros, tan flacuchento eras entonces, se nos imaginó que había llegado Stan Laurel, el de Laurel y Hardy. Y alguien te lo dijo y tú te fuiste poniendo colorado desde el cuello para arriba, de una manera que no era la de Stan Laurel.

Stan Laurel: qué formidables eran tus clases de Historia. Resultabas muy exigente. Por esto te recordamos todos: porque eras exigente. De los profesores blandos uno se olvida.

Te vestías siempre de oscuro. Tus ojos tenían una mirada y otra mirada adentro, esta segunda era la que nos penetraba. Tus ojos tenían, Mario Góngora, una lucecita. Tú nos enseñaste que el hombre valía por lo que sabía, no por lo que tenía. De modo que había cosas más importantes que lo que, hasta entonces, nos parecía importante. Y que las casas y los fundos y los títulos nobiliarios (había un idiota con título nobiliario) daban más o menos lo mismo.

Y que lo único que podíamos darles a nuestros hijos era la educación. Teníamos 16 años, ¿en qué forma podíamos pensar en nuestros hijos a esa edad?

Eran seres tan remotos. Creo que ni siquiera se hallaban en la mente de Dios, menos podían estar en nuestra mente.

Muchas veces te llamábamos Góngora, así, pelado. El segundo apellido era particularísimo, Del Campo. No nos parecía adecuado. Como que no empalmaba con el personaje. Porque un sabio era algo eminentemente urbano, nada de campo. Además, los sabios no tienen segundo apellido porque de alguna manera éste desvirtúa el poder del primero. ¿Quién sabe el segundo apellido de Einstein, de Pascal, de Descartes?

La palabra Góngora te definía por entero en su corazón de palabra esdrújula. Además te emparentaba con el otro, con Luis de Góngora, el español. El mismo mentón, la misma frente.

El otro se daba de una manera recovequeada, pero tú te dabas sencillamente. Y te dabas no sólo como Góngora sino como Napoleón, como Rasputín y a veces hasta como Jesucristo. Cuando te dabas como Jesucristo lo hacías en francés, y en esa métrica militar de Charles Peguy. Nos leíste una vez *La Porche du Mystère de la Deuxieme Vertu* y entendimos todo a pesar de no dominar el francés...

Pasó mucho tiempo antes de hallarnos de nuevo, mucho tiempo entre Góngora I y Góngora II.

Un día nos encontramos en un microbús —todavía no había metro—. Tú tenías memoria de profesor de Historia: reconocías a tus alumnos aun después de haber pasado muchos años.

Y entonces descubrí tus libros. Eran un modelo de lo que se llama 'seriedad', que es un conjunto de calidades.

Leí, por ejemplo, *El Estado en el Derecho Indiano*. Algo así, tan sólido, como el Libro de los Libros. Y después ese maravilloso *puzzle* que armaste pedacito a pedacito, con Borde, en el valle del Puangue. El minifundio estudiado palmo a palmo, la propiedad mirada al microscopio.

Te preocupaste del inquilinaje y del vagabundaje. Te metiste dentro del cerco del inquilino y de la bolsa, de la linguera del vagabundo.

Las editoriales chilenas no fueron capaces con toda tu obra, y un libro tuyo capital apareció en las Prensas de la Universidad de Cambridge. No hay edición chilena.

Y de pronto, entre tanto libro analítico, científico, surgió *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Por arte superior habías llegado a una síntesis que abordaba desde principios del siglo XIX a fines del XX. Alguien dijo: en ciencia todo es análisis, en arte todo es síntesis. Pues sí, habías llegado a la síntesis.

Un libro que se prestó a una polémica de la cual, Mario Góngora, saliste extraordinariamente bien parado.

Y eso no sería todo.

Ahí estaban tus alumnos enriquecidos con la riqueza de veras. Los que criaste en un pizarrón, con letra chiquitita, donde anotabas acontecimientos, fechas, nombres de reyes y emperadores. Hacías una flecha, borrabas de repente, surgía una cruz, alguien había muerto.

Estos signos salían de tu cabeza que no había seguido sólo una línea de pensamiento durante toda la vida, lo que podría preocuparle a los dogmáticos. Como si no tuvieras derecho a pensar según tus cánones, a ser *gongorista* declarado y confeso.

Pensabas que sin Dios no se podía vivir, y te desaparecías por las tardes rumbo a alguna iglesia donde los curas no fueran demasiado lateros.

Moraste alguna vez en el barrio de Patronato y solías tomar un micro cuando ya habías cambiado de barrio y residías en Seminario, para ir a caminar por la calle Santa Filomena, por Loreto. ¡Se puede amar tanto a las calles! Los pasos en la calle de Loreto no se parecen en nada a los pasos en Antonia López de Bello, suenan a otra cosa.

La casa tuya, antes fue de tu suegro Aurelio Díaz Mesa. El se dedicó a los episodios coloniales en unos libros llenos de anécdotas que eran todo lo contrario de tu estilo, de tu rigor, de tu método.

Y un día yo te pregunté qué te parecía don Aurelio con sus relatos de damas entre comillas y de caballeros entre comillas. Me dijiste que lo admirabas mucho.

En tu casa, por siempre jamás, hay una plancha de bronce que dice *A. Díaz Mesa*. Tras la puerta vivías con tu corta familia, Miss Hellen Díaz y tu hija María Eugenia.

A ella la llamábamos Miss porque nos hizo clases, en el colegio cuando estábamos chicos. Tú no te llamabas Mister porque nos hiciste clases cuando estábamos grandes. La María Eugenia, tu hija de ojos enormes como uvas, se movía en el terreno de la literatura recóndita. Le preocupaba, por ejemplo, e incluso le deleitaba, un poema sobre la batalla de Brunanburh escrito en anglosajón.

Tú delimitabas muy bien las horas del día. Te afeitabas a las 8.20 y yo solía llamarte a esa hora para ver si habías quedado bien afeitado. Por lo general no era así, te quedaban pelos en la pera.

Durante el verano me visitabas más a menudo en el Museo. En realidad, no me buscabas a mí sino a la biblioteca, que permanecía siempre abierta mientras las demás cerraban. Recuerdo un día que íbamos a ver al Ministro

Horario Aránguiz. Y a la salida de mi oficina, la bibliotecaria del Museo dijo:

—Se ve muy buenmozo, don Mario.

Y tú te pusiste colorado.

Caminando por la Avenida Vicuña Mackenna hacia la Alameda, rumbo al Ministerio, había, al llegar a la callecita Viña del Mar, un montón de gitanas. Y una de ellas te dijo:

—¡Brecioso!

Yo quedé impresionadísimo. Y recuerdo que te hice notar que estabas teniendo éxito con las mujeres: primero fue la bibliotecaria, después la gitana. ¡Por la...!

Un día, como he vivido bajo el alero de Vicuña Mackenna, te pregunté cómo considerabas a mi santo patrono que, se decía, era un historiador tan fantasioso. Me dijiste que si tuvieras que salvar a un solo historiador del siglo XIX, salvarías a don Benjamín.

Te creías rico. Eras el único chileno que se creía rico. No tenías auto, pero eso qué más daba. Total, te servían los micros y el metro que no te quedaba del todo lejos. Tenías tu familia, tus libros, tus clases, la casa de Seminario.

Tus alumnos hablaban del afable sabio. Ser sabio, tal vez, te daba risa. Porque el sentido del humor muchas veces te inundaba todo.

Yo no sé qué pasó al final, Mario, creo que fue una reunión que se iba a hacer en la Editorial Universitaria relacionada con Concepción y no se hizo y después volviste a la Católica. Y vino el rayo y mucho después llegaron los truenos: en la calle había un hombre muerto. Y ese eras tú y se paró el aire y se pararon los pájaros del Campus Oriente. Había también un motociclista herido y ya no supe más de ti sino por la televisión, por los diarios, por tus libros, por el amor de tu familia, y por las flores.

Tu ataúd se veía pequeñito en el Auditorium del Campus Oriente. Tu ataúd flotaba entre las flores. El era la flor central y por los lados florecían en sabiduría tus alumnos de Historia. Y había uno que se creía tu alumno, y que me llamaba yo, uno que no sabía nada de Historia y que estaba ahí inventando una oración, porque para eso era bueno, para inventar oraciones. Y para decirlas por dentro. Una oración para Mario Góngora.